

¡Era tu pañuelo blanco de seda el más bello de todos tus pañuelos de seda! Debo advertirte también que la princesa se lo ha llevado creyendo que era suyo.

Pero esto no es más que un detalle.

Una vez abrigada, le ofrecí una silla; pero debo confesar para gloria suya que rehusó sentarse en ella, no porque se creyese indigna, ella, la princesa de Vanves, de sentarse delante del más humilde de sus servidores, sino porque temía que estando chorreando agua como estaba, deterioraría el terciopelo de Utrecht de tu mueblaje... Yo á lo menos creí adivinar esto en el modo con que aceptó, después de algunos cumplidos, un puesto á mi lado en el sofá que revestido con una cubierta de terliz no le parecía que corría ningún peligro.

Y ahora hé aquí lo que no querrás creer, Colombán, tú que niegas las Lisetas, desdénas las Fretillons y desprecias las Suzons de Mr. Beranger; y es, que cuando se ha nacido bajo el 86° 40' 92° 55' longitud O., y hacia el 29°-33° latitud N., no se está sentado impunemente cerca de una hermosa joven, aun cuando sea una lavandera: mira, Colombán, se establece entre ellos un no sé qué equivalente á lo que nuestro profesor de física en el colegio llamaba corrientes eléctricas. Y estas corrientes (¡tú no sabes esto, don Sócrates, rey de los sabios!), y estas corrientes os hacen germinar, brotar, florecer en diez minutos en el cerebro mil pensamientos ardorosos que nunca logrará hacer que broten un artículo del código, por más seductor que el tal artículo sea.

Un pensamiento de esta clase, querido amigo, fué lo que me impulsó á decirle:

— ¡Princesa de Vanves, os juro por mi honor que encuentro á V. A. seductora!

Y sin duda un pensamiento análogo fué el que la hizo ruborizarse hasta el extremo de ponerse colorada como una amapola.

— No necesito decirte, mi querido Colombán, por más inocente que seas, que una mujer se ruboriza más á medida que es más bella. La princesa de Vanves era pues la más bella de las princesas, y comenzaba á trastornárseme la cabeza, cuando por fortuna mis ojos al volverse al par que mi cabeza se detuvieron sobre el pañuelo de seda blanco que había reemplazado á su pañoleta.

Este pañuelo de seda, amigo mío, era tuyo, ignoraba yo tu antipatía á las hadas, las náyades y las ondinas; temía hacer traición á tu amistad, y ese temor me detuvo al borde del precipicio.

Ahora bien, ¿me juras que la princesa de Vanves te es extraña? Muy bien; como soy del país de los precipicios no los temo. Que se presente la ocasión, y me dejaré deslizar dulcemente.

Concluida esta peroración, quiso Colombán hacer algunas observaciones; pero Camilo se puso á cantar con seductora voz:

Liseta, mi Liseta,

Siempre, siempre cruel me has engañado;

¡Mas viva la griseta!

¡Ansío, mi Liseta,

Brindar por nuestro amor afortunado!

Y á los acentos de aquella voz armoniosa, vibrante y mágica que hacía estremecer hasta las más secretas fibras del corazón, no supo Colombán hacer otra cosa que aplaudir.

CAPÍTULO VII.

LA ENCINA Y LA CAÑA.

Esta relación del primer encuentro de Camilo con la princesa de Vanves, relación que hemos intentado reproducir, no sólo en conjunto sino también en sus detalles, dará mejor que todos los análisis que hubiéramos podido hacer, una idea del carácter de Camilo, carácter lleno de indiferencia y alegría.

Esta alegría, que entre hombres, no siempre era de un gusto muy correcto, obraba sin embargo sobre el serio bretón poco más ó menos como hubiesen obrado las monerías de un gato ó el charlar de una cotorra. Camilo comenzaba siempre por no tener razón, y concluía siempre por tenerla.

Hubo sin embargo un punto sobre el que se rompió su persistencia.

La vida regular, hasta monótona, que hacia Colombán, no era precisamente la vida ideal que había soñado Camilo: así es que se hallaba contrariado y estrecho en aquel apacible retiro. Los muebles del bretón le inspiraban esa especie de espanto que debe inspirar á un joven sin vocación la vista de su celda al entrar en un claustro.

Un día, al regresar Colombán de clase, encontró la cabecera de su lecho adornada con una cabeza de muerto sobre dos huesos en cruz con esta frase consoladora debajo:

Camilo, es preciso morir.

El espíritu grave y pensativo del joven no se asustó en manera alguna de aquella sombría máxima, y dejó á la cabecera de su lecho el fúnebre adorno que allí había puesto Camilo.

Así pues, aquella dulce habitación tan risueña á los ojos de Colombán, exhalaba para Camilo los miasmas del seminario; todo le cansaba, todo le entristecía; hasta aquel poético sepulcro de La Valliere que tanto había hecho soñar á Colombán y Carmelita: aquella eterna imagen de la muerte que tenía delante de los ojos, imagen consoladora para un alma piadosa, le sublevaba y le inspiraba los sarcasmos más amargos.

— ¿Por qué, le decía á Colombán, no compras una concesión al instante en un cementerio? Al hacer tender en las paredes un paño negro con lágrimas de plata tendrás durante la vida una habitación de una alegría loca, y hasta podrás habitarla después de tu muerte.

Veinte veces prepuso á Colombán que cambiase lo que él llamaba su prisión por una habitación en *Paris* ó bien en los *arrabales de Paris*, tales como la calle de Tournón ó la calle de Bac.

Colombán nunca quiso consentir en ello.

Entonces, como cediendo á un espíritu de acomodamiento, cesaba Camilo de hablar de la mudanza; pero continuaba tendiendo á este objeto por medio de incessantes salidas contra su clausura monacal. Aunque de una naturaleza impaciente, tenía cuando encontraba una resistencia más fuerte que su voluntad, una flexibilidad en las vértebras de su imaginación, si es lícito decirlo así, que le daba la facilidad de pasar por las más estrechas salidas como la culebra; contemporizaba pues intentando deslizarse bajo el obstáculo que no podía vencer, tomando ven-

taja siempre que la ocasión se presentaba de la amistad sincera de Colombán, de su debilidad de niño mimado; pero todas sus miras tendían á un solo punto, á dejar cuanto antes el cuartel de Santiago.

Desgraciadamente para él, además del precio elevado del alquiler en otro cuartel, precio que hubiera hecho perder el equilibrio al presupuesto de Colombán, además de que aquel aislado retiro convenía admirablemente al estudioso bretón, repugnaba á éste dejar aquella habitación donde por primera vez se le había aparecido el amor bajo sus más frescos colores.

Temiendo la ligereza de Camilo, aun no se había atrevido á confiarle el secreto que llenaba su corazón; resultando de ello que el encarnizamiento de Colombán en no dejar su habitación ni aun el barrio, era un misterio para el americano.

Camilo había encontrado á Carmelita más de una vez; más de una vez el ardiente criollo había admirado la suave belleza de su vecina, y había interrogado á Colombán respecto á la encantadora enlutada (Carmelita por el luto de su madre estaba vestida de negro); pero Colombán se había contentado con responderle:

— El luto que esa joven lleva es por su madre: espero que su dolor la hará digna de respeto á tus ojos.

Y Camilo no había hablado más de Carmelita.

Sólo un día, *al volver de París*, como él decía, el joven criollo se estableció cómodamente en un sillón; encendió un habano, y comenzó la relación siguiente:

— Vengo del Luxemburgó...

— ¡Muy bien! dijo Colombán.

— He encontrado á nuestra vecina...

— ¿Dónde?

— Entraba yo cuando ella salía.

Colombán guardó silencio.

— Tenía un paquetito en la mano.

— ¿Y qué ves tú de interesante en eso?

— Aguarda.

— Ya ves que aguardo.

— He preguntado al conserje qué era lo que tenía en aquel paquete.

— ¿Para qué?

— ¡Toma! Para saberlo.

— ¡Ah!

— Y me ha respondido: dos camisas.

Colombán guardó silencio.

— Pero ¿sabes para quién eran las camisas?

— ¡Diablo! presumo que para alguna tienda de lencería.

— Para los hospitales y conventos, querido.

— ¡Pobre niña! murmuró Colombán.

Entonces pregunté á María Juana...

— ¿Quién es María Juana?

— ¡Tu portera! ¿Pues qué, no sabías que tu portera se llamaba María Juana?

— No.

— ¡Cómo! a cabo de tres años que estás en la casa...

Colombán hizo un movimiento con los ojos, los labios y los hombros que quería decir: « ¿Y qué me importa á mí que mi portera se llame María Juana? »

— En fin, dijo Camilo, ese es tu carácter; pero no se trata de eso. He preguntado pues á María Juana: « ¿Cuánto puede ganar esa hermosa joven haciendo camisas para los conventos y los hospitales? » ¿Sabes lo que gana?

— No, dijo Colombán; pero debe ganar poco.

— ¡ Un franco por camisa, querido !

— ¡ Ah ! ¡ Dios mío !

— ¿ Sabes tú el tiempo que le lleva el hacer una camisa ?

— ¿ Cómo quieres que lo sepa ?

— ¡ Es verdad ! Se me olvidaba que no eres curioso. Pues bien, querido, lleva un día entero en hacer una camisa, y eso atareándose como una negra, es decir, trabajando desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche ; y cuando quiere ganar treinta sueldos, es decir, lo que justamente necesita para comer, ¿ comprendes ? tiene que pasar la noche trabajando.

Colombán enjugó el sudor que corría por su frente.

— ¿ No es esto espantoso ? continuó Camilo. ¡ Responde, corazón de granito ! ¿ Es posible que criaturas de Dios, bellas, jóvenes y distinguidas lleven esa vida de bestias de carga ?

— ¡ Tienes razón, Camilo, mucha razón ! dijo Colombán conmovido, casi tanto con la sensibilidad de su amigo como con la pobreza de la joven, ¡ y te agradezco tu enternecimiento en favor de las mujeres laboriosas, de esas santas obscuras que rescatan con su trabajo continuo á los ojos de Dios la ociosidad de los otros !

— ¡ Bueno ! ¿ dices eso por mí ? Gracias... Pero no importa. Además yo soy de tu opinión. ¡ Cómo ! ¡ es una indignidad bajo mi palabra de honor ! ¡ La mujer..... la mujer á quien Dios ha puesto en el mundo para hacer la felicidad del hombre, para criar, alimentar y educar á sus hijos ; esta criatura amasada con hojas de rosas, perfume de flores y gotas de rocío ; esta criatura cuya sonrisa es al corazón del hombre lo que un rayo de sol es á la naturaleza ; esta criatura está al sueldo de los conventos y de los

hospitales, y hace camisas á franco diario ! ¡ Quitando los domingos y los días festivos, hace todo trescientos francos al año !... Para conservar la habitación de su madre tu vecina Carmelita... ¿ Sabías que se llamaba Carmelita ?

— Sí.

— ¡ Tu vecina Carmelita paga ciento cincuenta francos de alquiler ; le quedan pues para vestirse y calzarse, calentarse y comer, ciento cincuenta francos, es decir, cuarenta y un céntimos por día ; á menos que pase la noche como pasa el día, y entonces pasando la noche en vela ganaría cincuenta francos más tal vez ! ¡ Y cuando pienso que es un ser como yo mi semejante (excepto que es más bello que yo) el que está condenado á tal suplicio !... Pero, amigo mío, no hay justicia humana : es preciso hacer una revolución para cambiar todo esto.

— Creo, dijo Colombán, que tiene además una pequeña pensión de trescientos francos.

— ¡ Ah ! ¡ tú crees !... ¡ Trescientos francos ! una pequeña pensión de trescientos francos, y ciento cincuenta que ella gana ; total : cuatrocientos cincuenta...

¿ Y esto os parece suficiente á vos que tenéis mil doscientas libras al año ? ¡ Ah ! señor filántropo, ¡ cuatrocientos cincuenta francos para trescientos sesenta y cinco días, y hasta para trescientos sesenta y seis cuando el año sea bisesto, os parecen suficientes para pagar habitación, vestir, calzar, desayunarse, comer, cenar y pagar la silla en la iglesia ? ¡ Pero, desgraciado ! ¿ Sabes que si el gobierno se viese obligado á nutrir las plantas, el oxígeno y el carbono que necesitaría para cada una importaría dos veces la suma de lo que gasta esa pobre niña ?

— Es verdad, respondió el bretón que no había mirado aún la pobreza de Carmelita desde ese punto de vista

minucioso: es verdad; eso es aflictivo, y me pregunto á mí mismo cómo puede arreglarse.

— ¿Te lo preguntas? dijo Camilo encantado de tomar la revancha sobre Colombán, excitado además por la vista de un bello rostro. ¡Ah! ¿lo preguntas? Pues bien, voy á responderte, yo: trabaja casi todas las noches hasta las tres de la mañana.

— ¿Te ha dicho eso la portera?

— No, no me lo ha dicho la portera; lo he visto yo.

— ¿Tú, Camilo?

— Sí, sí, yo, Camilo Rozán, criollo de Luisiana; yo lo he visto.

— ¿Cuándo?

— Pero hombre... ayer... antes de ayer, y los días anteriores.

— ¿Y cómo lo has visto?

— No es bastante rica para por la noche mientras duerme tener encendida una lámpara ó una bujía, ¿no es verdad? Pues bien: cuando la lámpara ó la bujía arde en su habitación, es que ella vela, y todas las noches arde hasta las tres de la mañana.

— ¿Pero si tú no velas hasta las tres de la mañana, cómo sabes eso?

— ¡Ah! ¡bien! no velo yo hasta las tres de la mañana, ¿quién te lo ha dicho? Pues bien: te equivocas: por ejemplo, antes de ayer era día de ópera, ¿no es verdad?

— Sí... creo... no sé...

— ¡Oh! ¡no sabes cuáles son los días de la ópera! ¡Lunes, miércoles y viernes, salvaje! Antes de ayer era pues día de ópera... lunes.

— Sea.

— Aun cuando tú no quieras, es... Pues bien: al salir

de la ópera encontré un antiguo camarada de colegio...

— ¿Un camarada nuestro?

— ¿Pues de quién?

— ¿Y quién era?

— Ludovico.

— ¡Ah! sí, ya me acuerdo, uno de los buenos muchachos del colegio. ¡Cómo se pierde de vista á las gentes! ¡es asombroso!

— ¡No me hables de ello! esto te conduciría á las más tristes reflexiones de la tierra.

— ¿Qué ha sido de él?

— Se dedica á la medicina; todos tienen la manía de hacer algo.

— Menos tú.

— ¡Ah! ahí te esperaba. Has cortado por lo sano. Me has hundido. No hablemos más de ello: Se dedica pues á la medicina.

— Y llegará á ser un gran médico: es una inteligencia admirable; sólo que es un poquito demasiado materialista en la forma.

— Sí, muy materialista en la forma; la princesa de Vanves podrá decirte algo de eso.

— De modo que...

— Sí, *ad eventum*... Pero para *festinare ad eventum* es preciso concluir con los detalles. Ludovico vendrá á verte; sois vecinos; le he dado las señas de tu habitación.

— Pero, repetidor eterno y sempiterno, ¿qué relación hay entre Ludovico...

— ¿Y Carmelita?

— Sí, eso te pregunto.

— Espera, voy á decírtelo... ¡Aquí tienes un descifrador de enigmas, un nuevo Edipo, y tú eres un estrangue-

lador de discursos detallados ! Pero si tú hubieras sido Teres, ¿ hubieras detenido el relato de Teramenes en el décimo verso ? ; No hubieras entonces sabido que la ola que había conducido el monstruo había retrocedido de espanto ; no hubieras sabido que el cuerpo del susodicho monstruo estaba *cubierto de amarillentas escamas, que su lomo se encorbaba en pliegues tortuosos*, detalles todos del mayor interés para un padre ! ; Qué diablo ! Cuando un padre sabe que su hijo ha sido comido por un monstruo, no es lo de menos el que sepa por qué monstruo ; y cuando el monstruo es un bello monstruo, tiene el consuelo de decir : « ¡ Mi hijo ha sido comido por un monstruo ; pero el monstruo que le ha comido es un monstruo bello ! »

— ¿ Sabes que te estoy escuchando ?

— Ese es tu deber : pero tengo compasión de ti, y abrevio. ¿ Qué relación hay entre Ludovico y Carmelita ? Voy á decírtelo.

Encontré pues á Ludovico al salir de la ópera...

— Ya me lo has dicho.

— Pues bien, te lo repito. No se encuentra un amigo, ¿ comprendes bien esto ? un amigo de colegio á quien no se ha visto durante tres años sin experimentar la necesidad de referir el uno al otro los episodios de su juventud. Entré por consiguiente con Ludovico en el café de la Ópera ; tratábase de dar cuerpo á la narración : este es un detalle que debo explicarte.

— Pasa el detalle.

— Sí, porque el detalle te avergüenza : ¿ no es verdad, egoísta ?

— Venga entonces el detalle.

— Héle aquí : antes de ayer me has hecho comer de viernes, ¡ avaro !

— ¿ Yo ?

— ¡ Un lunes ! Es verdad que fué sin apercibirte de ello ; no te acrimino por lo tanto, lo hago constar pura y simplemente. Digo pues, que como me habías hecho comer de viernes sin saberlo, atentido á que habías pedido puerco fresco, y nos sirvieron huevos duros (metamorfosis en la que con tu distracción habitual no has reparado ni poco ni mucho), creí de mi deber renovar mis fuerzas comiendo unos pollos en compañía de nuestro amigo Ludovico. ¿ Eran los pollos un pretexto no más para charlar, ó la conversación sólo un pretexto para comer los pollos ? Lo ignoro. Debo decir sin embargo que la conversación duró infinitamente más que los pollos, y que eran las tres de la mañana cuando tropecé con las paredes de nuestra clausura. Al mirar el cielo más bien por ociosidad que por calcular qué tiempo haría al día siguiente, percibí á través de la ventana de nuestra vecina la pálida claridad de la lámpara con que trabaja, y por un sentimiento puro de humanidad, á los dos días, es decir, hoy, al verla salir con un paquete en la mano, me acordé de la antevíspera y pregunté á María Juana. Ahora ya sabes todo lo que me ha respondido María Juana. ¡ Pobre joven !

— ¡ Si, pobre joven ! tienes razón, Camilo, y más pobre aún que lo que tú crees ; porque no tiene un pariente en este mundo, ni un amigo, ni una afección !

— ¡ Pero eso es espantoso ! exclamó Camilo. ¿ Y cómo tú, su vecino desde hace cinco ó seis meses, un año tal vez, no has intentado relacionarte con ella ?

— ¡ Si tal ! dijo el bretón suspirando ; he hablado muchas veces con ella...

Y tal vez en este momento Colombán iba á decirlo todo á su amigo, si éste no hubiera rechazado la confianza por

una de esas frases que ponían incesantemente sobre la defensiva á Colombán próximo á ceder.

— ¡ Ah, bretón misterioso ! exclamó Camilo, has hablado con ella, y mi una sola palabra de esa conversación me has dicho. ¿ Quieres acaso desmentir esa lealtad, cuyo privilegio reside en tu raza, so pretexto de que ésta tiene la cabeza dura y la frente cuadrada ? En efecto, tu discreción respecto de la princesa de Vanves hubiera debido ponerme sobre aviso. Te perdono con una condición : y es, que vas á hacerme la relación de esa escena pastoril, y esto, detalle por detalle, sin economizar las flores retóricas ; me agradan las relaciones largas, todo lo contrario que á ti... Sacó pues un habano, lo enciende, y te escuchó. ¡ Habla, Colombán ! ¡ hablas tan bien !...

— Te aseguro, Camilo, dijo Colombán con embarazo, que nada hubo en nuestra conversación interesante para ti.

— ¡ Ah ! ¡ te pillé, picarillo !

— ¿ Cómo ?

— ¿ Decir que no es interesante para mí, no es lo mismo que decir que lo es mucho para ti ? Te pido que me describas el grado de interés que esa conversación haya tenido, sea para tu ánimo, sea para tu imaginación, sea para tu corazón ; en una palabra, te repito respecto á Carmelita lo que te he dicho respecto á la princesa de Vanves ; aun cuando nunca me ocurra la idea, estáte seguro de ello, de colocar á nuestra vecina en la misma categoría que á mi princesa... ¿ Esta bella persona que pasa las noches haciendo camisas para los conventos y los hospitales, te interesa particularmente ? ¡ Respóndeme, Colombán ! ¡ Colombán, respóndeme !

Estrechado por su amigo, extendió Colombán la mano

hacia él, y tocándole con ella la rodilla, le dijo con voz dulce y grave :

— Escucha, Camilo : voy á referirtelo todo ; pero no trates por Dios mi confianza con tu ordinaria ligereza, y guarda mi secreto como yo mismo lo hubiera guardado si no creyese que ocultarte un rincón de mi corazón sería hacer traición á nuestra amistad.

Y Colombán hizo á Camilo la misma relación minuciosa que había hecho ya á fray Domingo.

— ¿ Y qué dijo fray Domingo ? preguntó Camilo cuando su amigo cesó de hablar.

Colombán repitió al joven criollo las palabras que para animarle le había dicho el monje.

— ¡ Pues bien, sea enhorabuena ! exclamó Camilo : ¡ hé aquí el abad de mis sueños ! Si yo fuese hijo de un abad, quisiera que fuese mi padre como ése. Has hecho perfectamente en animarte fray Domingo, aunque hablando francamente, me parece que no lo necesitas ; aplicar fuego á una estopa encendida me ha parecido siempre un trabajo excusado. Lo que me pasma es no haberlo adivinado yo ; y hubiera debido penetrarlo en los propósitos infantiles que tenías los primeros días después de mi llegada, y sobre todo en tu tenacidad en no dejar el barrio. ¡ Ah ! has hecho bien en prevenirme ; era tiempo : esto ardía ; mañana me ponía en campaña. ¡ Pero desde este momento todo está concluido ; la amante de mi huésped es como la mujer de César ; no debe ni siquiera inspirar sospechas ! Cuenta con mi discreción, y dime ahora cómo piensas obrar... Tu marcha hacia el fin (permítame que te lo diga) me parece que disminuye en razón inversa de la marcha de tu pasión ; ¡ adoras enormemente, pero no avanzas !

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

— ¿Á qué llamas tú avanzar, Camilo? dijo Colombán casi asustado.

— ¡Diablo! Yo llamo avanzar á todo lo que no es retroceder, y llamo retroceder á la retirada que has operado desde hace un mes que yo estoy aquí... ¡Ah! pienso en una cosa... ¡Imbécil! ¡animal! ¡qué bestia soy! ¡ganso desplumado! ¡es mi presencia la que te estorba, querido amigo! Desde mañana te libero de ella.

— Camilo, Camilo, ¿piensas en ello, amigo mío? exclamó Colombán.

Era el león del jardín de las plantas, necesitando en su jaula de ese gosquecillo ladrador.

— Ciertamente que pienso en ello, Colombán: no quiero poner trabas á la felicidad de mi único amigo.

— ¡Pero si no le pones la más pequeña traba, Camilo!

— Estorbo ultrajosamente, y desde mañana me pongo á buscar una habitación para un joven.

— Sí, eso es, dijo Colombán con tristeza; quieres dejarme; estás cansado de mi vecindad, nuestra amistad te es pesada.

— ¡Ah Colombán, amigo mío! ¡qué de necesidades dices!

— Pues bien, sea; vete; pero yo me iré contigo.

— Entonces, dijo Camilo, corre á casa del propietario, y si mi presencia no te disgusta...

— ¡Niño! exclamó el excelente bretón.

— Pues bien, arrienda la habitación en nombre de nosotros dos, por tres, seis, nueve... á menos, sin embargo, te lo repito...

— Camilo, interrumpió Colombán, amo á Carmelita, la amo con toda la fuerza de mi alma; pero si me dijese: « ¡Colombán, mis posesiones de América han sido incendiadas, estoy arruinado, necesito rehacer mi fortuna, ves mis

brazos! ¡son débiles! ¡necesito que me ayuden los tuyos robustos, hijo de la antigua Bretaña! » partiría, Camilo, en el momento mismo sin pesar, sin dolor, sin mirar atrás, sin suspirar siquiera por esa mitad de mi vida que dejaría aquí.

— ¡Bueno! ¡bueno! convenido; sé que lo harías como lo dices.

Sonrió el bretón tristemente.

— Sin duda lo haría, dijo.

— Pues bien, veamos dónde te conduciría ese amor.

— Probablemente al matrimonio

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡con una joven que hace camisas para los conventos y los hospitales, tú, vizconde de Penhoel, tú, que desciendes de Roberto el Fuerte!

— Es hija de un capitán oficial de la Legión de honor.

— Sí, nobleza de cañón... ¡En fin, no importa! Si eso te conviene, si eso conviene á tu padre, nadie tiene que ver en ello.

— No habrá cosa que no haga mi padre por la felicidad de su hijo único.

— Veamos entonces por qué no entablas las negociaciones.

— Pero, mi querido Camilo, si aun no sé si Carmelita me ama.

— ¡Es decir, que quieres antes de lanzarte en ese sendero de abrojos y espinas que se llama matrimonio, respirar el aroma de los floridos campos que se llama amor! Corriente: es un acceso de sensualismo que comprendo, un refinamiento de voluptuosidad que aprecio; pero mientras tanto espero que no dejes á la criatura querida que se eche á perder los ojos con ese trabajo de araña.

— ¿Y el medio de impedirlo, Camilo? ¿Soy yo bastante

rico para ayudarla? Y aun cuando yo fuera millonario, ¿aceptaría ella el ofrecimiento de un socorro, cualquiera que fuese la forma bajo la que quisiera yo disfrazarlo?

— No aceptará socorro, pero aceptará trabajo.

— ¿Y cómo quieres que yo le proporcione trabajo?

— ¡Oh! ¡cuán embarazado estás, querido amigo!

— ¡Veamos; explícame eso; me haces morir de impaciencia!

— Uno de mis amigos de las colonias me ha encargado que le remitiese seis docenas de camisas, mitad de tela de Holanda, mitad de batista; he comprado la tela estos días, y me la traerán esta tarde ó mañana. El amigo que me ha dado este encargo, ha fijado término medio el precio de cada camisa en veinticinco francos, se necesitan para cada camisa de hombre tres metros y veinticinco centímetros de tela: calculemos la tela á cinco francos; resultará que necesitamos para cada camisa diez y seis francos y veinticinco céntimos: quedan pues ocho francos y setenta y cinco céntimos para la hechura. Pues bien: demos estas camisas para que las haga á la vecina; ella parece que trabaja como una hada; ganará pues de este modo ocho francos y sesenta y cinco céntimos por camisa en vez de un franco. ¿No es claro?

— No aceptará, dijo Colombán meneando la cabeza.

— ¿Cómo que no aceptará?

— Creerá que es un medio ingenioso de socorrerla; conoce el precio del trabajo; y cuando se trata de la cifra fabulosa que tú dices, ¿chisará.

— ¡Ah! ¡qué bretón más testarudo eres! ¿Cómo se ha de negar á aceptar por su trabajo el precio que se me paga á mí en un gran almacén? Le mostraré mis facturas: ¡qué diablo!

— De esa manera la cosa me parece aceptable, dijo Colombán, y te doy gracias sinceramente porque se te haya ocurrido la idea.

— Pues bien: propónselo desde esta tarde.

— Voy á pensar en ello.

— Piensa al mismo tiempo que no es una posición hacer camisas. He corrido el mundo, y á veces (esto va á hacerse reír) al contrario de otros que miran sin ver, yo he visto sin mirár... He visto que no está lejano el tiempo en que las máquinas harán en una hora el trabajo de aguja que cien mujeres no serán capaces de hacer en una semana. Mira las cachemiras de la India; toda una población trabaja seis meses para hacer un chal que los telares de Lyon confeccionan en doce horas. Pues bien: es preciso buscar á Carmelita una posición que en el caso de que el señor conde de Penhoel no permita á su señor hijo casarse con una costurera, haga al menos que la pobre joven no muera de hambre.

Colombán miró á Camilo con los ojos arrasados en lágrimas.

— ¡Nunca te he visto tan serio, tan bueno, y con un juicio tan recto, Camilo! Té doy las gracias porque es tu amistad hacia mí quien te anima y te dirige.

Pero sin detenerse en esas zalamerías afectuosas:

— ¿No me has dicho que le gustaba la música? preguntó Camilo.

— Apasionadamente, y hasta es bastante buena música, según creo.

— ¿La has oído cantar ó tocar?

— Nunca: la pobre no tiene piano.

— Pues lo tendrá.

— ¿Cómo?

— No sé, pero te digo que lo tendrá.
 — Vas á llegar de repente demasiado lejos, Camilo.
 — No iré lejos para encontrar un piano, porque será el tuyo.

— ¿Cómo el mío?

— Sin duda.

— Pero mi piano es un cencerro.

— Ya lo sé; precisamente por eso.

— ¿Le darás pues un mal piano? ; quita allá!

— ¡Oh! ; qué bestia eres, querido amigo!

— ¡Gracias!

— No, es una palabra de amistad... ; Pero comprendes! te he dicho cien veces que no podía sufrir tu piano, que estaba en un tono demasiado alto para mí... ; Qué voz tiene la vecina?

De contralto.

— ¡Eso es! tú la tienes de barítono. ; Cambiaremos tu piano; doy encima quinientos francos, y tendrás un piano excelente! Un piano no es como un paraguas. ; Uno solo basta para dos, y hasta para tres!

— Pero Camilo...

— Está hecho: el piano está comprado, y mañana estará aquí.

— ¡Me engañas, Camilo!

— Es como tengo el honor de decírtelo. Quería darte esta sorpresa el día de tu santo; pero como ha pasado, lo aplacé para el de tu natalicio; sólo que como el de tu natalicio no ha llegado, y me incomoda tocar en un piano demasiado alto para mí, te lo doy mañana, es decir, el día del cumpleaños de tu padre, de tu tío, tu tía ó de uno de tus primos... ; Qué diablo! ; algún individuo de tu familia cumplirá años mañana!

— ¡Oh Camilo! exclamó el bretón enternecido hasta el punto de verter lágrimas, ¡gracias, amigo mío, gracias!

CAPÍTULO VIII.

LA GEMMA DI PARIGI.

Á pesar de la extensión del libro que publicamos, y del placer que un actor encuentra siempre en el análisis del carácter de sus personajes, no entra en nuestro plan seguir día por día la vida de nuestros tres jóvenes; lo que no haríamos si publicásemos su historia aislada; pero desde el momento que esta historia no es más que un episodio de este gran todo que entregamos á la curiosidad de nuestros lectores, no nos atrevemos á arriesgarla tan minuciosamente escrita.

Diremos pues solamente que Camilo ejecutó sus designios como los había expuesto á Colombán.

No teniendo Carmelita objeción que hacer á la remuneración de su trabajo, al ver el precio exorbitante de las facturas de Camilo, aceptó el ofrecimiento del joven, y desde aquel día el intermediario, esa sanguijuela que se alimenta con la substancia del productor y del comprador, quedó suprimido, y entró el bienestar en la casa. Más dificultades opuso la joven respecto al piano nuevamente comprado, y que se trataba de mudar desde la habitación de los dos amigos á la suya. Pero apremiada por Colombán, hacia el cual sentía una afición mezclada de respeto, se decidió á abrir la puerta al melodioso huésped.